

¿Debió, por lo tanto, alegrarse ó estar triste? ¡Alegrarse cuando sufre tanto, y entristecerse cuando está radiante de alegría!

Regocijémonos y entristezcámonos también nosotros de su alegría y de su tristeza; y recogiéndonos en nosotros mismos, abandonémonos á los mayores transportes de esperanza recordando que el cielo es nuestra patria y que Jesús nos ha precedido para escogernos en Él un lugar. Hagamos que suban hasta allá nuestros suspiros y nuestros deseos. Tengamos lástima de todo lo de la tierra, de sus placeres, de sus honores, de sus diversiones, de sus afectos, de sus promesas vanas y de sus desengaños. Lejos de profundizar en ella nuestras raíces como si no debiésemos morir jamás, procuremos desprendernos de ella haciendo continuados esfuerzos, orando y aspirando á la santidad.

Mas ¡ay! ¿Quién piensa en el cielo y á él aspira? ¿Quién se desprende de lo terreno para ir en busca de lo celestial? ¿Quién dice como San Pablo: «Quisiera morir» para estar con Jesucristo? Fuera del santuario y del claustro, hay algunos fieles y nada más. Las ilusiones del mundo y los placeres hacen olvidar á la mayoría que no tiene el hombre una vida permanente en este mundo, que su barca no debe navegar mucho tiempo y que naufragará más ó menos tarde en un mar lleno de calma y de prosperidad, si no se hace pedazos contra los escollos de las enfermedades ó de las desgracias. Sólo un océano existe en el que se navega siempre con bonanza: este océano es la eternidad.

Día llegará también para nosotros, oh divina María, en que nos reuniremos con vuestro divino Hijo en la gloria como vos os asociasteis con Él en el oprobio. ¡Ojalá que al sonar nuestra última hora podamos ser recibidos en vuestros brazos para que merezcamos que nos coloquéis á los pies de su trono y del vuestro!—AMÉN.—(Mr. Pavy, *Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLÁTICA XXVII

NUESTRA SEÑORA DE LA MISERICORDIA.

No sólo la humildad, de que hablamos ayer, nos hace estar bien con Dios, sino que nos abre el camino para que cumplamos mejor con nuestros deberes para con el prójimo.

La causa principal de nuestra frialdad y de nuestros choques con el prójimo, es sin duda alguna el orgullo, como nos lo enseña el Espíritu Santo. *Inter superbos semper jurgia sunt.* (Prov. XIII).

La impaciencia, la cólera, los celos, la maledicencia y la calumnia son indudablemente hijas del orgullo. Una persona humilde que realmente se estima en lo que vale y tiene en mucho á los demás, halla natural que se tengan pocos miramientos con ella, mientras se cree obligada á guardar consideraciones á todos. Así es como se evitan las susceptibilidades, que son las que dan á la sociedad el carácter frío y reservado que ordinariamente manifiesta. Donde reina la humildad brilla la caridad, y si esta virtud se extinguiera, la tierra perdería sus encantos más poderosos y más puros y se convertiría en un desierto.

Es tan noble bajo mil títulos la caridad, que queremos dedicarle nuestra plática de hoy. Para hacerlo debidamente pondremos nuestras palabras bajo la protección de Nuestra Señora de la Misericordia: en Nápoles, es donde celebran más su culto. ¿Qué es la caridad, es decir, la caridad para con el prójimo? Tal como la entiende y la exige el cristianismo, debe tener tres condiciones: 1ª No puede ser negativa. 2ª Debe ser activa. 3ª Es sobrenatural. Lo que se entiende por ser caritativo es, no solamente abstenerse de hacer el mal ó desear el bien del prójimo sino que es preciso desearle y hacerle el bien, y hacerlo siempre con la mira de agradar á Dios.

Muchos son los que se equivocan con respecto á la caridad. Creen que obran según ella, no haciendo mal á nadie. El no hacer perjuicio á los demás, dejar que vivan como puedan ó como quieran sin interesarse por ellos ni prestarles apoyo alguno, y no ocuparse para nada de sus hermanos ni para el bien ni para el mal, y vivir como se vive generalmente hoy, se cree como regla general, que es vivir como se debe, es decir, en la perfección. Una perfección semejante no tiene más que un nombre, y es el egoísmo.

No, hermanos míos, no debe el hombre vivir por sí y para sí; es preciso que vivamos por los otros y para los otros; no basta con no hacer mal á los demás, sino que debemos amarles y servirles.

Hay en el fondo de nuestra conciencia una ley eterna que no se conforma con gritarnos que no debemos hacer á los demás, lo que no queremos que nos hagan, sino que añade á este mandato este otro: *Haced á los demás lo que queréis que os hagan: Omnia quaecumque vultis ut faciant vobis hominem et vos facite illis.*

Todos deseamos que cuando el mal pesa sobre nosotros aligere el peso de nuestro mal la simpatía de los demás. Si somos pobres, deseamos que nos socorran; si estamos enfermos, que nos asistan y consuelen; y si somos felices, queremos que tomen parte en nuestra alegría. El amor es por su naturaleza activo. No sé quien dijo el primero que el amor se manifiesta con hechos: *Probatio amoris, exhibitio operis.* Cuando un corazón ama verdaderamente, da de ello pruebas positivas, es decir, hace bien al objeto amado.

Además, y debéis fijar en ello vuestra atención, al prójimo le debemos un amor sobrenatural. Esto quiere decir que no debe inspirarse nuestro amor en motivos del orden natural, ó sea en la ventajosa posición social ó en prendas físicas de la persona que nos lo inspira. Querer así, es un querer fácil, cómodo y pequeño. Si sólo amamos á los que nos aman, á los que nos atañen de cerca, ¿dónde está nuestro mérito? Lo mismo hacen los paganos. *Nonne et Ethnici hoc faciunt.*

Debemos amar á nuestro prójimo porque Dios quiere que le amemos; porque nuestros hermanos son hijos de Dios, y amarles es amar á Dios; porque son miembros de Jesucristo, y no hacemos más que un solo cuerpo con el divino Salvador, como lo proclama Él mismo diciendo: Lo que se hace con el mas pequeño de los míos es como

si se me hiciera á mí mismo. Y puesto que debemos ver á Dios en nuestro prójimo, preciso es también que nuestro amor abrace el cielo y la tierra, el Criador y la criatura sin separarles; entonces nuestro amor será universal.

En esto consiste la caridad, que así definida y entendida, se nos impone como el primero de nuestros deberes. Claramente nos lo dijo nuestro Señor en el santo evangelio: Mi primer mandamiento os dice que améis á Dios sobre todas las cosas; el segundo es parecido al primero: y al prójimo como á tí mismo.—*Secum autem simile est huic: Diliges proximum tuum sicut teipsum. (Math. 22).* Este es mi gran precepto: *Hoc est præceptum meum* sobre el que descansa toda la ley: *Universa lex pendet.*

El distintivo con que os ha de reconocer por discípulos míos, será el de que os amaréis los unos á los otros.—*In hoc cognoscunt omnes quia discipuli mei estis si dilectionem habueritis ad invicem. (Joan. 13).*

No ha quedado sin efecto esta imperiosa recomendación de Nuestro Señor. Al cristianismo pertenece la gloria de haber traído al mundo este nuevo mandamiento y haberle implantado en las costumbres transformadas por su acción fecunda y saludable. Los cristianos han probado al través de todos los siglos que son discípulos de Nuestro Señor queriéndose mutuamente y conservando el distintivo que les dió.

Tenían además, como la tenemos nosotros, otra razón para practicar la caridad fraternal: y es el ejemplo que nos ha dado la Santísima Virgen.

María amó á su prójimo durante su vida mortal, y estamos seguros de ello á pesar de que nada dice sobre esto el evangelio. Su amor se confundió con el amor de su Hijo, y ¿quién como su Hijo ha amado á los hombres?

Yo os aseguro que el amor de María ha traspasado todos los límites relativos á esta clase de sacrificio.

La prueba más grande de amor, dice el evangelio, es morir por aquél á quien se ama.—*Majorem hac dilectionem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* (Joan. XV).

Estas palabras deben aplicarse enteras á la Santísima Virgen. Si no se tratara del santo evangelio me atrevería á decir que con respecto á María no dice toda la verdad, porque María ha hecho más que si hubiese dado su vida por nosotros, puesto que nos dió la vida de su Hijo, que le era más querida que su propia vida. Esta donación la hizo, no una vez, sino muchas veces; la repitió tantas veces cuantos fueron los latidos de su corazón. «Muera mi Hijo para que se salven los hombres!» Tal es el ofrecimiento que hizo durante toda su vida; ved hasta qué punto nos amó. Cuando en la solemne investidura del Calvario, le dió Dios el cargo de la maternidad humana, ¿rehusó acaso los deberes inherentes á esta cualidad de Madre de los hombres? No por cierto. Los siglos, los pueblos y los individuos nos declaran que María tiene un corazón de Madre y que nos ama á todos como á sus hijos. Cuando se habla de María nunca se habla de su insensibilidad, ni de su severidad ni de su justicia. En toda la tierra no se levanta más que esta sola voz: María es la Madre de la Misericordia; María es la Madre del Amor.

Esto es lo que todos creemos, lo que todos sentimos y nos llena de confianza. Mientras podemos cantar su ternura infinita, digámosle en coro:

«Oh María, deja caer en nuestro corazón una llama del amor que consume el tuyo. La tierra se cubre por desgracia de indiferencia, de egoísmo, de odio y de maldad. Haz que á pesar de todos estos males amemos á los hombres como á nuestros hermanos, que les amemos sin medida para que con este signo nos reconozcan como hijos de Jesús é hijos tuyos.—ASÍ SEA.

MARIA EN EL CENACULO EL DIA DE PENTECOSTES

DIA VEINTIOCHO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Et erit post hæc: effundam spiritum meum super omnem carnem. Sed et super servos meos et ancillas, in diebus illis effundam spiritum meum.

Joel, II, 28.

Spiritus Domini super me eo quod unxerit Deus me; ad annuntiandum mansuetis misit me, ut mederer contritis corde, et prædicarem captivis indulgentiam, et clausis apertionem: ut consolarer omnes lugentes, ut ponerem lugentibus Sion, et darem eis coronam pro cinere, oleum gaudii pro luctu, pallium laudis pro spiritu mœroris, et vocabuntur in ea fortes justitiæ, plantatio Domini ad glorificandum.

Isa, LXXI, 1.

Vos autem sacerdotes Domini vocabimini, ministri Dei nostri, dicetur vobis. Pro confusione vestra duplici et rubore laudabunt partem suam, propter hoc in terra sua duplicia possidebunt, lætitia sempiterna erit eis, et dabo opus eorum, in veritate, et fœdus perpetuum feriam eis, et scient, in gentibus semen eorum, et germen eorum in medio populorum. Omnes qui viderint eos, cognoscent illos, quia isti sunt semen cui benedixit Dominus. Gaudens gaudebo in Domino, et exultabit anima mea in Deo meo.